



PABLO ANTONIO CUADRA
OBRA POETICA COMPLETA

CANTOS
de CIFAR
y del Mar Dulce





Pablo Antonio Cuadra

PABLO ANTONIO CUADRA

Dibujo de Rodrigo Peñalba

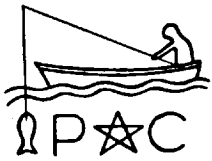
PABLO ANTONIO CUADRA
OBRA POETICA COMPLETA



Serie Literaria

PABLO ANTONIO CUADRA
Obra poética completa

Vol.		TITULOS DE LIBROS
I.	1	CANCIONES DE PAJARO Y SEÑORA
	2	POEMAS NICARAGUENSES
II.	3	CUADERNO DEL SUR
	4	CANTO TEMPORAL
	5	LIBRO DE HORAS
III.	6	POEMAS CON UN CREPUSCULO A CUESTAS
	7	EPIGRAMAS
	8	EL JAGUAR Y LA LUNA
IV.	9	CANTOS DE CIFAR
V.	10	ESOS ROSTROS QUE ASOMAN EN LA MULTITUD
	11	HOMENAJES
VI.	12	SIETE ARBOLES CONTRA EL ATARDECER
	13	EL INDIO Y EL VIOLIN
VII.	14	TUN – LA RONDA DEL AÑO – (POEMAS PARA UN CALENDARIO)
VIII.	15	TEATRO Y CUENTOS



PABLO ANTONIO CUADRA
OBRA POETICA COMPLETA

CANTOS
de **GISAR**
y del Mar Dulce

San José, Costa Rica 1985



Digitalizado por: **ENRIQUE BOLAÑOS**
FUNDACIÓN
www.enriquebolanos.org

861.6

C961-o Cuadra, Pablo Antonio, 1912—

Obra poética / Pablo Antonio Cuadra. — San José : Asociación Libro Libre, 1985.

v.

Contenido: v. 4. Cantos de Cifar
ISBN 9977-901-16-3

1. Poesía nicaragüense. I. Título.



Libro Libre

Apartado 391 San Pedro de Montes de Oca
San José, Costa Rica



INDICE DE VOLUMEN IV

<i>Nota Editorial</i>	15
La épica humilde de un mar dulce (a modo de prólogo)	17
Profecía del Alfaquí a los Nicaraguas	35
Dedicatoria	37
Barcarola marinera	39
El nacimiento de Cifar	41
Caballos en el lago	42
Canturreo en el muelle	44
El mal	45
Canción para unas muchachas	46
La partida	47
Dijo Cifar:	48
Voces	49
La doncella	50
EL MAESTRO DE TARCA (I)	51
Las muchachas	52
Manuscrito en una botella	53
La soltera	55
El vaquero de Apompoa	56
La llamada	58
Eufemia	59
EL MAESTRO DE TARCA (II)	60
El dormido	61
Muchacha en la ribera	62
La estrella vespertina	63
Cancioncilla de febrero	64
La noche	65
EL MAESTRO DE TARCA (III)	66



Angelina en el acantilado	67
El aserradero de la danta	68
Rapto	69
Escrito en un árbol	71
EL MAESTRO DE TARCA (IV)	72
El niño	73
Delgadina	74
Calmura	75
La isla vacía	76
El gran lagarto	77
EL MAESTRO DE TARCA (V)	79
Las bodas de Cifar	80
El barco negro	82
Consuelo para la madre del pescador	84
Mi mujer es aquella	85
Sábado	86
La isla del encanto	87
EL MAESTRO DE TARCA (VI)	89
Despedida	91
El miedo	92
A Eufemia	93
Viento en los arenales	94
La muerte de Anselmo	95
Marcela, muchacha paladina	96
La carta	97
Canto que hizo Cifar en la vela del angelito	98
Papel a Cristóbal	99
El rebelde	100
Tomasito, el cuque	101
Anades	102
EL MAESTRO DE TARCA (VII)	103
Canción de la naciente luna	104
La lancha de "El Pirata"	105



EL MAESTRO DE TARCA (VIII).....	107
Belarmino	108
La vieja sirena	109
La isla de los “gavilanes”.....	111
Nostalgia de Cifar	112
Mirna	113
La desgracia	114
EL MAESTRO DE TARCA (IX).....	115
La Vendetta	116
La rufiana	119
La isla de la mendiga	120
EL MAESTRO DE TARCA (X)	122
In Memoria	123
La procesión	125
Pirolín	126
Lo que escribió Cifar sobre su hija Ubaldina	128
EL MAESTRO DE TARCA (XI)	129
Los años	130
El caballo ahogado	131
Nocturno	132
Las islas	133
El cementerio de los pájaros	135
Náufrago	136
Pescador	137
Mujer reclinada en la playa	138

CANTOS DE CIFAR Y DEL MAR DULCE

1969 –1979

Los primeros poemas de este libro *Cantos de Cifar y del Mar Dulce* fueron publicados en Mallorca, España, en *Papeles de Son Armadans*; su número 156, de 1969, hizo la primera entrega y la segunda apareció en el número 181, de 1971. Ese mismo año se hizo, también en España, la primera edición completa, completa entonces, de esta obra, bajo el sello editorial de El Toro de Granito (Avila). Enriquecido con nuevos cantos, el libro fue publicado de nuevo por la Academia Nicaragüense de la Lengua (Managua, 1979). En la presente edición el autor ha incorporado tres poemas más.

Una extensa selección de estos poemas, traducida al inglés por Grace Schulman y Ann McCarthy Zavala, fue publicada por Columbia University Press y el Center for Inter-American Relations con el título *Songs of Cifar and the Sweet Sea* (New York, 1979). Otra amplia selección fue hecha y traducida al italiano por Franco Cerutti para el libro estudio y antología que él preparó y que fue publicado por Edizioni Accademia (Milán, 1976) con el título *Introduzione alla Terra Promessa*.

José María Valverde considera este poemario como una conquista de la narrativa para el poema: "el autor no se presenta a sí mismo, sino que ofrece un mundillo real, un material humano que, aun sin argumento propiamente dicho, habría podido ser novela". (1) Y José Emilio Balladares agrega: "La síntesis de lo narrativo y lo poético verificada en los Cantos no sólo toma de lo novelístico temas y realizaciones, sino también ese carácter objetivador y exteriorista por el cual el narrador sustrae su propio yo de lo narrado. Ese escamoteo de la perspectiva personal toma en la na-

(1) "Verso Versus Prosa: Dos casos en Hispanoamérica", *Revista del Pensamiento Centroamericano* No.177, "Homenaje a Pablo Antonio Cuadra", (Octubre-Diciembre, 1982) p.162.



rrativa las más variadas formas. En Cervantes, por ejemplo, que en ello como en todo lo referente al género es el maestro, toma la forma de la ironía. En Pablo Antonio. . . toma la forma de la elusión, una especie de ironía quintaesenciada.” (2)

Esta singular característica de este libro nos indujo a introducirlo, a modo de prólogo, con una conferencia del poeta en España, en la que presentó y comentó sus “Cantos de Cifar y del Mar Dulce”.

(2) “El Tiempo Mítico y el Tiempo del Hombre en los Cantos de Cifar”, Ibidem. p.165



LA EPICA HUMILDE DE UN MAR DULCE *

No siempre nuestros países —a pesar de la laxitud del término “países”— permiten en América una plena identificación. A veces los límites del país coinciden con los de la región; con frecuencia no coinciden y las fronteras disciplinan lo nacional con separaciones irreales y abstractas pero que, poco a poco van cobrando realidad en las aduanas y las escuelas como una lección aprendida. Ya Julián Marías tropezó con estos equívocos al querer escribir sobre Hispanoamérica. Nuestras nacionalidades no se han formado (salvo excepciones) con el mismo concepto de nación que las europeas. Julián Marías dice que en Europa las naciones se constituyen *frente y contra* las demás. En Hispanoamérica tales afirmaciones y competencias se diluyen en distancias o se gasifican en la inmensa fraternidad del Continente. Esto, sin embargo, no contradice la acentuada personalidad de ciertos núcleos culturales y de ciertas regiones, ni la belicosidad —con frecuencia pasajera— de ciertos nacionalismos. Y no contradice porque Hispanoamérica —como bien la definió Rubén— es un *coro*, es decir, voces que sólo resultan singulares dentro y sostenidas en la unidad de un conjunto. El nicaragüense es mexicano —¡que duda cabe!— pero es argentino, muy argentino, y es también cubano. Y durante largos momentos nuestro ser puede ser equívoco porque no marca sus fronteras sino que convive igualdades. Hasta que, de pronto, irrumpe lo suyo, lo característico, lo singular o inconfundible.

* Conferencia presentada por Pablo Antonio Cuadra en el ciclo de conferencias sobre “La Literatura Hispanoamericana comentada por sus creadores”, organizada por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid en 1974.



El joven ensayista nicaragüense José Emilio Balladares cree que uno de los aportes más importantes en la formación y la emergencia de nuestras nacionalidades, o en el “invento” de nuestros “países”, es la literatura — novela y poesía.

“Leyendo la nueva novela hispanoamericana, dice Balladares, *Pedro Páramo* o *la Casa Verde*, *Al Filo del Agua* o *La Mala Hora*, los perfiles del mundo hispanoamericano se han hecho menos borrosos en mi mente. Frente a la ciénaga donde el Coronel Aureliano Buendía promueve sus treinta y dos levantamientos, la historia oficial de la República de Colombia aparenta ofrecernos sólo sombras de realidades. El México pre y post revolucionario que nos presenta. *La Muerte de Artemio Cruz* nos descubre mejor las vivencias reales de la época que cualquier Historia de la Revolución Mexicana que las oculta bajo el camuflaje de una erudición falsa o de una demagogia interesada. La vida de las Islas en que conspira el protagonista de *El Siglo de Las Luces* nos dice más del mundo antillano que, pongamos por caso, *La Biografía del Caribe* de Arciniégas. En otras palabras, esa presencia de Hispanoamérica para sí misma por la que se interrogaba Julián Marías, creemos que se está logrando en buena medida por arte de la nueva “épica” o novelística de nuestros países.”

Algunos países o regiones —sin embargo— tienen en la tierra o en la historia, o en ambas simultáneamente, ciertas MARCAS, o si se quiere ciertos DIOSSES, o ANGELES O DEMONIOS que los sellan con un fierro candente o les imprimen carácter con su tutela y se elevan como Musos o Genios tutelares o como padres de poderosos dones terrestres.



Así las alturas de Machu-Pichu.
Así el Padre Amazonas.
Así el Padre Mississippi.
Así el padre Lago de los nicaragüenses.

En Nicaragua los indios llamaron “Cocibolca” al Gran Lago, y Cocibolca significa “lugar o nido de la gran serpiente”. La Serpiente en Mesoamérica era el símbolo del movimiento y del dinamismo terrestre, germen de vida. La ‘serpiente emplumada’, o sea el reptil-pájaro, o la tierra que aspira al cielo (o, según otros: la conciencia) es el símbolo de Quetzalcoatl el dios-héroe cultural de nuestros antepasados Toltecas, Nahuas y Nicaraguas. Los Nicaraguas llamaban a Quetzalcoatl: “Tamagastad”. La Serpiente, además, significaba o simbolizaba a los naturales y señores de un lugar. La Serpiente, dice Mircea Eliade, se identifica con los autóctonos y es su signo de lucha contra conquistadores y extranjeros. Desde su primitiva significación mítica ya el Lago perfila nuestro destino, porque el Lago es nuestro mar interior, es el corazón de nuestro país, pero, simultáneamente sus aguas son camino de conquistas, codicias e invasiones. Para el indio, el Gran Lago es el nido de la Serpiente. Pero entonces el español rodea el Lago de puertos con nombres de santos que combatieron a la serpiente. Sorprende que los principales puertos del Lago, se llamen San Miguel, San Jorge o la Virgen (la Virgen que aplastó con su pie virginal / del dragón infernal la cabeza”, según canta nuestro pueblo).

Es decir, para el indio en el Lago anida lo autóctono. En cambio, para el español medioeval lo autóctono debe ser vencido (como algo demoníaco) por la fe. El Lago, como una inmensa imagen poética asume toda la problemática del mestizaje: Liberación que avasalla. Avasallamiento que libera.



La claridad de Nicaragua, esa luz radiante e insolente que Luis Rosales me hacía notar al bajar del avión en Managua, “el nicaragüense sol de encendidos oros” rubeniano es el fruto de este gigantesco espejo, cristal de nuestra historia donde se reflejan sueños y frustraciones.

Las naves que descubrieron Nicaragua y su Lago iban buscando, conforme la imaginación colombina, el paso hacia China, hacia Catay y hacia la Ciudad del Cielo de los mapas de Marco Polo. Pero se atravesó Nicaragua y en vez del camino utópico hacia ciudades celestes se produjo la Historia y la fundación de las ciudades terrestres. El paso por las aguas dulces del Gran Lago no apagó la tentación del Catay —todavía Rubén nos recuerda “el viaje de un vago oriente por entrevistados barcos”— sino que la desplaza hacia América. El Lago, cuando comienza a hablar español, cuando ya no es nido indígena de la serpiente sino nido de rutas hispánicas, es una alcancía de sueños. Un depósito de ansias y navegaciones. . . Pensar que uno de sus descubridores fue Hernando de Soto, ese poeta de la aventura a quien Miguel Albornoz llama “El Amadís de la Florida”!

La gran tentación de lo “desconocido” —“descubrir lo no sabido”— es la aspiración y el viento que llena al lago de sentido mediterráneo en el amanecer de América.

Escribe José Coronel:

“Hay en el poema de Fernán González un verso puesto en la boca del héroe, que pareciera ya indicar no sólo la tendencia expansiva de Castilla y la profunda vocación de España, sino el programa mismo de los conquistadores de América:

“E sepa yo del mundo e las cosas estrannas”.

“Esos deseos rara vez se quedaban a la mitad del camino, tanto más que el camino jamás se sabía dónde terminaba. Como Curzon decía, el Oriente era un viaje cuyo destino está siempre a la vista pero nunca se alcanza. Quizá lo que buscaban aquellos españoles era lo inexistente y aún lo imposible. Lo materialmente imposible. No desde luego el Ideal, como pudo haber dicho Rodó; sino más bien, como lo dice Rubén Darío, el Imposible. Rubén llegó hasta ver en esa búsqueda como una especie de razón de ser de España y así lo proclamaba en los versos, tantas veces citados, de su poema *Al Rey Oscar*, con un entusiasmo español típicamente hispanoamericano y con brillantes sonoridades de banda matinal:

*¡Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,
mientras la onda cordial alimente un ensueño,
mientras haya una viva pasión, un noble empeño,
un buscado imposible, una imposible hazaña,
una América oculta que hallar, vivirá España!”*

“Aquel deseo de conocer el mundo y las cosas extrañas o extranjeras, es natural que haya sufrido a lo largo del tiempo las más inesperadas alteraciones y desengaños”. En Nicaragua, como en el resto de América siempre hay hazañas, pero ya no pueden acompañarse con los tambores y cornetas de una banda militar. La aventura verdadera ha sido descalificada por la mitología moderna y comercial que hace tiempo compró los moldes de sus héroes y campeones. (Sus multitudes / “cruzados unánimes / como / un / solo / hombre / van al estadio”, diría con su corrosivo humor al estupendo Pere Quart). La aventura ha descendido al sótano de la pobreza. Sus hazañas pertenecen a una épica humilde y el poeta tiene que acertar con un lenguaje muy desnudo y simple —a nivel muchas veces del hambre y de la frustración— para contar, para narrar, —porque la narrativa es ofi-



cio también del poema— la odisea de los que siguen luchando por lo “Imposible”.

Hace más de cuarenta años, en una arenosa bahía de nuestro Gran Lago, los peones de las haciendas y los marinos y los pescadores corrían y se reunían en grupos en la costa señalando un objeto lejano en el horizonte. Acababa de pasar un largo y tremendo chubasco. Algunos opinaban que el objeto era una troza de madera —una tuca— otros que era una lancha volcada. La espectación duró horas hasta que el bote volcado —que eso era el objeto— se acercó empujado por las grandes olas y pudo ser reconocido. Varios hombres entraron al agua, cogieron el bote y al darle vuelta cayó una guitarra que venía en el fondo. ¡ES EL BOTE DE CIFAR! gritó un marino. Y un pesado y doloroso silencio ensombreció todas las fisonomías. Doce horas después apareció el cadáver. El bote le sirvió de ataúd. Un marino de largos bigotes, llamado Juan de Dios Mora, lloraba como un niño. Y en medio de aquella gente y de aquel duelo, un joven poeta, que llevaba en el bolsillo una gastada edición de *La Odisea*, miraba todo aquello y abría su corazón a lo que veía.

Cifar, con su nombre oriental, (acaso el fruto de un ansioso viaje por entrevistados barcos), Cifar Guevara fue un juglar (le llamaban “el *pueta* del Lago”) un marinero que tocaba admirablemente el arpa y la guitarra, un peón de las aguas con alma aventurera y bohemia, un revolucionario que se metió en el abordaje de los vapores del Lago en una guerra civil, un impenitente enamorado, un inquieto navegante. Sin embargo, aún con toda su exuberante capacidad de aventura, Cifar no pasó de ser un pobre Odiseo frustrado.

¿Será cierto lo que digo?



El poeta español Jacinto Herrero Esteban dice que Cifar “no es héroe, ni anti-héroe, sino más bien un pre-héroe, como tantos otros Ulises que poblarían el Mediterráneo antes que Odisseo.

¿Tendrá razón el poeta español? ¿Será Cifar, solamente, un Ulises primitivo, un Ulises “avant la lettre” —al estilo del “Nacimiento de la Odisea” de Jean Giono—; o será más bien un Ulises decadente o frustrado, es decir un primitivo sin posibilidad de desarrollo, un subdesarrollado cuya aventura tropieza con el muro espeso de la explotación, de la pobreza y del hambre?

El joven poeta que ha visto el cadáver de Cifar —humilde Li-Tai-Po ahogado cuando regresaba de una parranda—, el joven poeta saca de su bolsillo el libro de Homero. Cae la noche sobre el Lago y mientras unos barcos izan velas otros echan anclas y se oyen los gritos de los saludos y despedidas.

Los pueblos del mediterráneo que recorrió Ulises eran en su mayoría, pueblos de jinetes que se habían convertido en marineros y que combinaban, para vivir, agricultura, ganadería y marinería, tales como esos hombres lacustres que enterraron a Cifar.

Homero nos describe una vida de gran familia dispersa, gente que más o menos se conocía y conocía sus naves desde lejos. Muchos de esos momentos de familiaridad rural, de cosas isleñas y porteñas se actualizan en las aguas de nuestro Mar Dulce. Vemos las lanchas que transportan el ganado de Ulises de la isla de Itaca a tierra firme del Canto XX, como quien dice, ganado que transportan de Mancarrón, la isla donde vive el padre y poeta Ernesto Cardenal, a San Carlos, el puerto donde a lo mejor



encontramos en un muelle a José Coronel o a Fernando Silva.

O escuchamos en el muelle de San Miguelito alquilar la nave de Noemón para Telémaco, con la condición de que esté de regreso cuatro días después para hacer el transporte de mulas desde la Elida (Canto IV). O bien, en un cuadro macabro vemos salir una lancha que lleva los cadáveres de los Pretendientes a sus respectivas islas (del Canto XXIV), como no pocas veces llegan botes al puerto de Granada con tres o más heridos y moribundos víctimas de un pleito a machete, en alguna bebedera en alguna de las islas.

Pero hay otra relación más profunda de acercamiento. Los investigadores que han estudiado las raíces y fuentes de la obra de Homero, demuestran cómo el ciego poeta recogió leyendas, tradiciones y temas mitológicos de Mesopotamia, de la India y de otras partes de Oriente y del pasado Indo-europeo. (Fábulas donde los héroes eran animales, el padre Homero los transforma en héroes humanos).

Debajo de las aventuras de la Odisea hay, pues, un inmenso yacimiento de folklore antiquísimo. Pero, lo interesante es que ese folklore (ese conjunto de leyendas, fábulas e invenciones míticas) está regado por todos los lugares de aguas o marineros del mundo: tanto en la Polinesia como en el Mediterráneo, tanto entre los pueblos pescadores de Galicia o del Mar del Norte como en el Lago de Nicaragua. El misterio de las islas y de las aguas, las condiciones del hombre que navega en los peligros de las olas, de los vientos y las distancias, producen en todas partes mitos y temas de literatura popular similares. El mito de Circe, por ejemplo, casi no hay región acuática con islas que no lo tenga en una u otra forma. En nuestro Lago tenemos la Isla de la Carmen: Carmen significa encanto y encantamiento; y su leyenda

da vernácula, entretejida de elementos muy novelescos y mágicos, lo que nos pinta en resumen es a una mujer blanca y hermosa que atrae a los hombres y los deja “jugados de ceguera”, (1) fórmula de la magia nativa que corresponde a la conversión en cerdos.

Nuestra leyenda de los Tres Barcos Negros, que navegan eternamente en el Lago, pudriéndose de viejos y con hombres barbudos que llevan siglos de querer llegar a puerto sin poder hacerlo, tiene cierto parentesco con los barcos de los Feacios, que navegaban de noche como en sueño y que transportaron a Ulises dormido.

Otra leyenda, la de la “Isla de la Mendiga”, aunque está en la línea del mito de las Sirenas, tiene elementos mágicos muy indígenas.

Bien, se me dirá: todos esos nexos, todas esas analogías se dan en todo lugar de mar y de navegación. Los cuatro mares de España están llenos de evocaciones homéricas y precisamente esa es la maravilla de la Odisea.

¡Cierto! Nosotros tenemos también dos mares al Este y al Oeste, mares con marinos y pescadores de perlas y camarones y pescadores de largas redes o pescadores solitarios como el viejo del mar de Hemingway. Pero el Lago es otra cosa. Es como un cónsul gigante del mar, como un Homero inmenso de aguas canosas que nos da una cátedra permanente de odisea. El Lago es otra cosa: es el mar en el pecho de Nicaragua; *es el mar metido en el cuerpo*; es un caso de posesión. *Nicaragua es una posea del mar.*

(1) Zegua en nahuatl significa “mujer”.



Y Cifar es uno de los frutos de esa posesión, que como toda posesión lanza y retiene, tienta hacia afuera pero apresa y atormenta con lo “Imposible”. Cifar es el viejo deseo de “cosas extrañas”, Cifar es el “buscado imposible” rubeniano, pero cada vez más cerrado, cada vez más imposible para el pueblo de América. ¡Sí, cada vez más imposible, pero cada vez más cercano!

. . . Un día nuestro “pre-héroe” desmonta del caballo y embarca en una lancha. Posiblemente su padre fue marinero. En cambio su madre, mujer de tierra —tierra ella misma— maldice como Hesíodo del reino de las aguas. Es la hora de la partida.

*Dijo la madre a Cifar:
—Deja las aguas!
Sonó Cifar el caracol
y riéndose exclamó:
—El Lago es aventura.*

El Lago es la tentación de la ‘hidrys’, de la desmesura, frente a la tierra campesina y rutinaria que la rodea. El agua es destierro, exige un abandono de la seguridad, un desasimiento de lo terrestre para vivir la maravilla de la aventura.

Pero ¿a dónde va ese ilusionado y pobre Odiseo?

Se me viene a la mente la estupenda novela-crónica de la vida de los pescadores del Cantábrico —“Gran Sol”— de Ignacio Aldecoa, y la misma pregunta que me hago sobre Cifar, estalla también junto al cadáver de Simón Orozco. El pescador Simón Orozco ha muerto dentro de esa épica humilde y rutinaria donde la vida cicatera y sórdida no paga. “Al que la mar le está

estrecha de vivo, de muerto le viene más que ancha”, comenta Macario Martín, el filósofo del “Aril”.

¿Y qué dirá Cifar? El nicaragüense es más poeta que los pescadores del Gran Sol, pero es mucho más primitivo, indefenso y pobre. La pobreza convierte a Cifar en un entusiasta soldado de una de tantas guerras civiles nicaragüenses, y luego en un desengañado de la guerra civil, mejor dicho, no en un desengañado (porque ¿cuál ha sido el desengaño de los humildes de América sino sumergirse en nuevos engaños?, no un desengañado sino un olvidado por los beneficiarios de la guerra civil. La pobreza también lleva a Cifar a la cárcel, (un pleito, una cantina, un puerto), la pobreza le dosifica la calidad de sus amantes y los niveles de sus desilusiones. Porque la mayoría de los cantos de Cifar son motivados por intensas fascinaciones, pero siempre sus finales o sus regresos quedan impregnados de una dolorosa frustración. Del depósito de ansias quijotescas que es el Lago, Cifar —por ejemplo— quiere, en su medida, luchar como héroe con el monstruo (se le sube en la sangre el español exterminador de males y desfacedor de entuertos). Quiere llenarse del espíritu de San Miguel o de San Jorge. Ser, acaso un caballero de la Virgen.

Pero ¿Cuál es su historia?, la que él mismo nos narra en el poema *El Gran Lagarto*.

Los mitos parece que se vienen abajo y sin embargo se sostienen o se reconstruyen con sus propias cenizas. El héroe no llega a ser héroe.

La utilidad no acepta el quijotismo. Lo decía porque lo sentía en carne viva, Vallejo:



*"Cesar Vallejo ha muerto, le pegaban
todos sin que él les haga nada;
le daban duro con un palo y duro
también con una soga: son testigos
los días jueves y los huesos húmeros,
la soledad, la lluvia, los caminos."*

El héroe no llega a ser héroe: Es derrotado por el miedo, el elemento donde se desarrollan los 'caimanes'. Esto me recuerda como comentario una frase del poeta judío Ezra Zussman: "No pronuncio el nombre de Dios, sin embargo siento el deseo de rendirme a poderes mayores que la ironía o la duda. Son los poderes del amor y de la penuria, del miedo y de la desesperación".

En otra ocasión Cifar, alucinado por el misterio de la noche en un puerto desconocido, nos cuenta otro tipo de desilusión más leve y sutil en su poema La Noche.

*En este puerto desvencijado
soportando la soledad
y la lluvia. En este puerto
muerto
esperando mi liberación. . . etc.*

En otro poema no es Cifar sino Angelina, en el acantilado de su isla, quien nos ayuda a penetrar en la loca inquietud del marinero amante en un medio en que el amor mismo es violencia.

Creo que es interesante excavar un poco más en esta veta y penetrar, a través de la mujer y de Cifar en el amor de la gente del Lago, porque esa gente es expresiva de América (es el grito



de su plexo solar) y el amor en que se mueve es germinal, poderoso y oscuro.

Veamos dos breves poemas de los amores de Cifar: *Eufemia* y *Rapto*, y luego, para ir a fondo, el relato de sus bodas. A este último poema le puse yo de epígrafe un verso de Licofrón, que dice:

“Y el mar virginicida batian con sus remos.”

Quiero con esa cita llamar la atención hacia una creencia o superstición de los griegos —el mar virginicida— que es compartida por las gentes del Lago de Nicaragua.

Contraponamos todos estos textos del amor o de los amores de Cifar —cuya violencia va, a ras de pobreza, enhebrando los encuentros del sexo— contraponámoslos con el amor rubeniano, amor también nicaragüense y con mucha dosis de su nahuatl oculto, pero a otro nivel y grado de cultura.

La Venus de Rubén —en el fondo— es triste. Recordemos uno de sus primeros y más inquietantes poemas, titulado precisamente “Venus”. “El verso final de este poema —dice Octavio Paz— es uno de los más punzantes de nuestra poesía: ‘*Venus, desde el abismo, me miraba con triste mirar*’. La altura se vuelve abismo y desde allá nos mira, vértigo fijo, la mujer.”

Rubén, el último renacentista, cruza la Venus del Renacimiento con la estrella venus de Quetzalcoatl y lo que logra es una lágrima más brillante en los ojos de la diosa.

Recordemos su desnudez maravillosa cuando irrumpe en una concha, del Mediterráneo de Boticelli. Desnuda, es verdad, “despojada de todo vestido, más no de su pudor; con una mano tímida sobre los senos y la otra cubriendo con sus cabellos su



séxo''. Y culminando esa irresolución de su desnudez, el bellísimo rostro de una mujer de una tristeza jamás conocida. Es un rostro a punto de llorar. Las lágrimas ya están en sus ojos donde brillan como una estrella.

¿Por qué las Venus del Renacimiento, por qué el Amor que viene del mar y de la antigüedad —y su desnuda naturaleza (la desnudez de lo natural), ya no llega como la Venus de Milo, serena y sin carga en su conciencia de mármol, sino triste— ¡*Venus lacrimosa!*— amedrentada por un presentimiento o por una nostalgia de bien perdido y cubriéndose con la mano en una actitud que, más que pudor insinúa o inicia la angustia?

Rubén sabe la respuesta. Rubén fue cristiano. Un cristiano renacentista, oscilante entre la Catedral y las ruinas paganas.

En cambio, la Venus de Cifar no es ni siquiera la naturalidad griega de la de Milo, sino anterior. Es más terrestre. Es la mujer del Popol-Vuh, el libro de los Mayas que dice que el hombre fue hecho de maíz y que la mujer fue hecha de espadaña — el “sontol” o junco con que el indio hacía las esteras del lecho (la carne de la mujer se hace lecho), pero también la espadaña es la vegetación que crece a la orilla del agua y sugiere a la mujer como límite de las aguas, como isla o ribera, como orilla y borde de la aventura.

La Venus de Cifar es la Coatlicue de la falda de serpientes a través de una leve capa de cristianismo; de un cristianismo que llega al pueblo de América a través de la bastardía y del mestizaje, lavado de la rígida tradición monógama judía.

La Venus de Cifar es la mujer adversaria y de poderes mágicos, en cuya línea de batalla hay mucho de aquella frase de Ba-



taille: “el acto sexual es en el tiempo lo que el tigre es en el espacio”.

Cifar es un caso de posesión. Es la aventura metida en el cuerpo de un pueblo que ya no tiene donde escoger: o es héroe por el sólo hecho de vivir, o, como decía el personaje de Aldecoa: ya de muerto le viene la mar más que ancha.

Hay dos breves poemas de Cifar que dan vuelta a la esquina de la épica, y nos llevan a la parte de atrás, a esa otra cara de la moneda del Gran Lago; cara de penuria —cara de la aventura de la desventura—: Uno de ellos se titula *Viento en los Arenales*. El otro poema se da a través de un contraste. El autor visita en dos tiempos una misma isla, la isla de unos hermanos a quienes apodan los Gavilanes.

Dice el poema:

*Los gavilanes
abandonaron esta isla
(Juan era timonel del “barco”).
Alfonso el más diestro
pescador de sábalos. Felipe
el dueño de “La Sirena”
la más rápida velera
de estas aguas.
Hoy Juan maneja un taxi
en Managua cobra
un peso por carrera,
Alfonso es dipsómano perdido,
Felipe es el dueño
del burdel “La Sirena”*



En la espalda del Lago —detrás de su potencia de aventura, fecundidad y sueño, existe la cosa cerrada, el contra-horizonte, el emparedamiento.

En el misterio siempre sorprendente de la poesía, me llamó mucho la atención que Fernando Quiñones, es verdad que andaluz (y Nicaragua es una parte de Andalucía), es verdad que marino, descubriera en su poema al Gran Lago, que navegó junto conmigo y que publica en su libro *Las Crónicas Americanas*; me llamó la atención, digo, que descubriera al golpe del ojo esa mitad oscura del Lago.

*“¿Quién podría aquí (escribe)
quién por esta candidez cruda
de tu Mar Dulce
podría saberte herida, derribada, convulsa,
en vilo el pueblo, ácido
en las bocas el pan, quién
a la mesa de la Cunui y sus pescados en Granada
junto a las jarras de leche humeante de la María Chila
en las horas sin roce
de Solentiname
del Tepenaguasapa o por la Isla
del sombrero de cuero o el raudal
del toro, millas y millas, días
de jubilosa luz,
quién te ve las cicatrices
que avías baratado e avido
de las uñas e dientes de los tigres
de ayer y de hoy . . . ?”*



Nicaragua sigue siendo el “estrecho dudoso” de nuestro canto. El Gran Lago, su Río, su puertos, su Castillo, marginados como sus marineros y sus héroes, un día parecen pertenecer a un mundo novísimo, preliminar, de esperanza; otro día parecen arrastrados por un mundo frustrado e impedido en su desarrollo.

Cifar, después de sus odiseas cotidianas — ya al final de su canto, regresa con sus amigos. Es de noche y el marinero medita en su destino; (poema “Las Islas”) y con cierta duda, mirando las señales de la aurora, cierra su canto diciendo “parece que ya amanece”.

Yo también lo creo y quisiera robustecer en mi lector esta esperanza con un último poema de Cifar. Me refiero al poema titulado “Piolín”, en el cual la semilla del amanecer es pequeña, es la de un niño que muere por salvar a sus amigos. Simiente de amor que el viejo Lago celosamente guarda y que pronto vencerá al Odio y a la Muerte.



Profecía del Alfaquí a los nicaraguas:

*“Vosotros poblaréis cerca de una Mar dulce,
que tiene á vista una Isla,
en la qual ai dos Sierras altas. . .”*

F. Juan de Torquemada
“Monarchía Indiana”. Libro III. Cap.XL.



A CARLOS, mi hermano
—que vivió como pocos la vida
y la aventura de la gente de
nuestro Mar Dulce—.
Y en memoria de Cifar Guevara
alias El Cachero; de Juan de Dios
Mora; de Felipe Potoy y de Sinforosa
Salablanca, su mujer; de mi compadre
Leonidas Cruz, de Pascasio, de Eladio,
de Cristóbal, todos finados, que en
paz descansen, compañeros de mi
juventud navegante.



*“No es extraño en las aguas
de la noche un canto.*

*Baja el marinero velas,
se detiene el remero.*

*Es Cifar solitario, a la deriva
dejándose llevar de la música y del viento”.*

(barcarola marinera)



EL NACIMIENTO DE CIFAR

Hay una isla en el playón
pequeña
como la mano de un dios indígena.
Ofrece frutas rojas
a los pájaros
y al náufrago
la dulce sombra de un árbol.
Allí nació Cifar, el navegante
cuando a su madre
se le llegó su fecha, solitaria
remando a Zapatera.
Metió el bote en el remanso
mientras giraban en las aguas
tiburones y sábalos
atraídos por la sangre.



CABALLOS EN EL LAGO

Los caballos bajan al amanecer.

Entran al lago de oro y avanzan
—ola contra ola
el enarcado cuello y crines—
a la cegadora claridad.
Muchachos desnudos
bañan sus ancas
y ellos yerguen
ebrios de luz
su estampa antigua.
Escuchan
—la oreja atenta—
el sutil clarín de la mañana
y miran
el vasto campo de batalla.
Entonces sueñan
—bulle
la remota osadía—
se remontan
a los días heroicos,
cuando el hierro
devolvía al sol sus lanzas
potros blancos
escuadrones de plata
y el grito
lejanísimo de los pájaros
y el viento.



Pero vuelven

(Látigo
es el tiempo)

Al golpe
enfilan hacia tierra
—bajan la frente—
y uncido
al carro
el sueño
queda
atrás
dormido
el viento.



CANTURREO EN EL MUELLE

Las señoritas
admiran
el atardecer.
Enternecidas
Hablan de las nubes
—feas nubes
que amenazan la noche—
Las señoritas
cantan
con voz fina
y yo, tirando
el anzuelo en el agua
crecida.
Las señoritas
enamoradas
esperan cita
en la tarde
Los peces no pican
y cae el día
con hambre.



EL MAL

¿Qué me pide partir?
Los dedos en el arpa
y ya me empieza
el mal de lontananza.

Una
vela
lejos
basta



CANCION PARA UNAS MUCHACHAS

Esas muchachas que se creen solas
danzan desnudas en la chispeante arena
al ritmo de las olas.

Qué haré cuando otra vez las mire,
cuando en la noche llegue y quietas
contemple su timidez, sentadas
a la luz de la lumbre y mi oscuro
y terco corazón saltando como un perro,
muerda el recuerdo de sus cuerpos desnudos?

LA PARTIDA

Dijo la madre a Cifar;
— ¡Deja las aguas!
Sonó Cifar el caracol
y riéndose exclamó:
—El Lago es aventura.
—Prefieres, dijo ella
lo temerario a lo seguro.
—Prefiero
lo extraño a lo conocido.
Izó Cifar los foques
y el solo ruido loco de palomas
de la vela
lo llenó de alegría.
—Madre: habla en tu lengua
el techo estable, la casa,
la mujer. (Dicen
que las islas son tumbas de mujeres).
El hombre es nave.
— ¡Es riesgo!, gritó ella.
Cifar sonrió; puso el arpa en la proa
y doblando el torso tiró de la cadena
y levó el ancla
Otra vez un niño
salía del vientre de su madre
al mundo . . .



DIJO CIFAR:

Cantaré a los héroes
Celebraré a los hombres
cuya estatura supere
la estatura de los demás mortales.

Pero conocí la tempestad
la furia de los vientos
la ceñuda impasividad
de las aguas homicidas.

Cantaré —me dije entonces—
a los hombres que trabajan
en el Lago. A los humildes
navegantes. A los pescadores.
Sus diarias hazañas
se ignoran
porque la pobreza se empeña
en rodearlas de silencio.



VOCES

En la noche
mientras navegábamos
estuvimos escuchando cantos
muy lejos de tierra.

Una estrella hería
las aguas oscuras
donde naufragaron
las tres muchachas de Tarca
tocadoras de guitarra.



LA DONCELLA

En la Isla del Güis
Lucía
 la matutina
es virgen
Como una estrella
madruga.

Cuando se baña
mariposas blancas
la circundan.

Los sembradores
la buscan
para escoger
la semilla.

Es mano pura.

Lucía es doncella
y su mirada
puede cambiar el viento
de tu vela.



EL MAESTRO DE TARCA (I)

*Sentado en la piedra del Aguila
el maestro de Tarca nos decía:*

*Es conveniente
es recto
que el marinero
tenga cogidas
las cosas por su nombre.
En el peligro
son las cosas sin nombre
las que dañan.*



LAS MUCHACHAS

Las muchachas del archipiélago
vuelven de misa remando.
Como flores flotantes
como guirnaldas
de colores alegres.
Diles adiós
desde tu isla
y levantarás un vuelo
de voces frescas
como pájaros.

MANUSCRITO EN UNA BOTELLA

Yo había mirado los cocoteros y los tamarindos
y los mangos
las velas blancas secándose al sol
el humo del desayuno sobre el cielo
del amanecer
y los peces saltando en la atarraya
y una muchacha vestida de rojo
que bajaba a la playa y subía con el cántaro
y pasaba detrás de la arboleda
y aparecía y desaparecía
y durante mucho tiempo
yo no podía navegar sin esa imagen
de la muchacha vestida de rojo
y los cocoteros y los tamarindos y los mangos
me parecía que sólo existían
porque ella existía
y las velas blancas sólo eran blancas
cuando ella se reclinaba
con su vestido rojo y el humo era celeste
y felices los peces y los reflejos de los peces
y durante mucho tiempo quise escribir un poema
sobre esa muchacha vestida de rojo
y no encontraba el modo de describir
aquella extraña cosa que me fascinaba
y cuando se lo contaba a mis amigos se reían
pero cuando navegaba y volvía
siempre pasaba por la isla de la muchacha de vestido rojo
hasta que un día entré en la bahía de su isla
y eché el ancla y salté a tierra



y ahora escribo estas líneas y las lanzo a las olas en una botella ·
porque ésta es mi historia
porque estoy mirando los cocoteros y los tamarindos
y los mangos
las velas blancas secándose al sol
y el humo del desayuno sobre el cielo
y pasa el tiempo
y esperamos y esperamos
y gruñimos
y no llega con las mazorcas
la muchacha vestida de rojo.



LA SOLTERA

"Kai gar tis emporos parem . . ."

Corrió a mirarse
en el espejito
Apresurada
se echó una gota
de perfume
Arribaba
a la isla
un comerciante.



EL VAQUERO DE APOMPOA

Telón
Rodríguez
vaquero
de Apompoá.
Esa noche
venía de cantar
a Rosa Reyes.

No quiso
tomar. Guardó
silencio
y nos dormimos.

Cuando tocamos
puerto nadie
supo de él. Cayó
en la noche
al agua. Eso
dijeron.

Conocí después
a Rosa
Reyes. Era
hermosa y alunada

Cuando Telón
cantó su serenata
ella dormía
con Víctor
el de Tisma.



Todo era secreto
y música
cuando
el caballo de Víctor
relinchó
en la milpa.



LA LLAMADA

Cifar
calla tu canto.
Cifar
no recubras
de música tu oído:
Ese ilimitado
Azul
te llama.



EUFEMIA

*"Et Merito, Quoniam Potui
Fugisse Puellam . . ."*

Tomé al azar la lancha de Pascasio
Y ahora reniego de mi suerte!
Miro las olas furiosas y los vientos
negros de Octubre ¡a qué horas
preferí este tiempo implacable
a la furia de Eufemia!
¿A qué puerto voy, a qué tumba
me lleva este chubasco perro?
Cuánto mejor aguantar
tus gritos, Eufemia; cuánto mejor
tu cólera, tu desgrefñada
ira en la madrugada
que esta furia de las olas y estos gritos
bajo los rayos y los vientos!
Ya hubiera dominado tu enojo,
ya estuviéramos en los besos
ya dormiría dócil después de la tempestad
y no ahora, clamando a Dios
arrepentido, vomitando mi cobardía
en la borda, mientras el negro
cielo sólo me recuerda el furor de tus ojos . . .



EL MAESTRO DE TARCA (II)

*Maestro en nubes
el maestro de Tarca nos decía:*

*Nubes bordadas
viento a carretadas
Nube ceniza
chubasco a prisa
Nubes muy bajas
cerca está el agua
Nubazones chontales
aguacerales
Negra nubazón
afloja la escota
y aprieta el timón*



EL DORMIDO

Loca la vela y sin guarnil la caña
vimos el bote zozobrando
lanzado por los vientos y las olas.

Entre la espuma y la noche
sólo un perro aullaba.

Trabajo le costó a Pascasio
arrimar a babor su lancha
y cogerlo con el ancla.

— ¡Justo! ¡Jodido!
gritó el marino al ver al hombre
remojado y dormido. — ¡Justo!
¡Hijo de puta!

Un gallo lempo aleteaba
guardando el equilibrio
entre relámpagos.

Justo Mora es intrépido
y solitario. Navega
con un perro y un gallo
a cuyo canto se atiende.

Padece
del mal del sueño.



MUCHACHA EN LA RIBERA

Habla más bajo, sonrisa,
al borde de estas aguas
que tu excitado gozo
puede espantar a los pájaros
y un solo susurro
un leve aire, bastarían
para arrancar a Junio el manto de su prodigio.

Mira! . . .No has hecho caso
y sus párpados se han abierto;
sorprendida se ha lanzado
detrás de las amapolas
Con las garzas que ya vuelan
entre sombras verdes
y rayos de sol
su trigueña pierna
recoge y esconde.

LA ESTRELLA VESPERTINA

Vimos las llamas levantar la noche
y ensangrentar las aguas como un sol ahogado
— ¡Es la isla de Inés! —gritaron los marinos
y tiré la red y puse mano al remo
hundiéndolo en las aguas rojas.
Gritos se alzaban de ribera a ribera
y aves despertadas de sus nidos
giraban como cenizas.
¡Ya era tarde! Como una Y griega
escarlata escrita sobre mi sueño
la ví desnuda correr
y hundirse entre las olas.

Hablo de Inés.

Siempre hablo de Inés
cuando la triste y vespéral estrella
baja a las ondas
y su desnudo ardor baña en las aguas.



CANCIONCILLA DE FEBRERO

Este febrero
celeste
y loco
tiene un barco
para mujeres
solas.

Lleva
su carga
por las costas
Pájaros, garzas
velas blancas
y novias
Los marineros
cuentan
las olas
pero es corto
el mes
para tantas
esperanzas.



LA NOCHE

En este puerto desvencijado
soportando la soledad
y la lluvia. En este puerto
muerto
esperando mi liberación
(¡Navegaría en cualquier madero
podrido, en cualquier barco
atestado de cerdos!)
porque, llegué en la noche
y miré desde la proa las lejanas
luces y escuché los cantos
que bajaban con el viento
y ví cruzar el muelle
a una bella mujer desconocida
de quien nadie me da razón en este puerto.



EL MAESTRO DE TARCA (III)

*Maestro, dijo Cifar,
seguí tu consejo
y crucé el Lago
buscando la isla desconocida.
Fuí con viento benévolo
a la más lejana, virgen y perdida
Pero
que yo conocí esa isla
juraría!
que su sonoro acantilado
devolvió mi canto un día
juraría!
que era la misma mujer
la que allí me esperaba
casi lo juraría!
Sonrió el maestro y dijo:
Lo conocido
es lo desconocido.*

ANGELINA EN EL ACANTILADO

Pregúntame:

— ¿qué buscas
descalza
en las hirientes rocas
del acantilado?

— ¿Heriría
mis pies, subiría
con el viento y la lluvia
a divisar el lago
si el loco de Cifar . . .
(y llora)

. . . vino a buscarme
y quiso
hacerme suya.
Me luchó sobre la arena
Le clavé
los dientes, le arañé
la cara y furioso
zarpó sobre el oleaje
a mitad de la borrasca.

— ¡Ojalá no se pierda
en la tormenta!

¡Le estoy agradecida!



EL ASERRADERO DE LA DANTA

Cargábamos madera.
La sierra circular
en alaridos cortaba
el cedro. El Lago
reverberaba ecos.
El español de barba blanca
llena de aserrín
me hablaba a gritos. Me decía
y alzaba las manos
pero la sierra giraba el sol
cortando el día y el español
gritando más (las venas del cuello hinchadas) “Zifar,
mierda, empuja! ¡¿Qué?
cuando salió rompiendo
palos y charriales una danta
negra, torpe, a la estampida,
huyendo de la selva,
tropezando,
cayendo en la sierra
y el ruido
aceitoso de la carne
y el español – ¡Coño!– con la barba
tinta. Detuvo
su dentadura un sol
mojado en sangre
y el animal partido
pateando, agonizante
cuando



alguien gritó
y volvimos el rostro:
Allí

al borde de la selva
el tigre confuso
molestos los ojos
por el sol
miraba.



RAPTO

Sobre los cerros
en un cielo pálido
brilla el lucero

Suelto el ancla y al ruido
chillan los pájaros

Vuelan garzas

Los ganados balan
en el arenal lejano

De la chopa
sale Fidelia peinándose
al fresco del alba

Se vino anoche
conmigo. Me dispararon
tiros, me echaron
lanchas veleras. Pero
"La Sirena" corre.

Tengo una isla para ella.



ESCRITO EN UN ARBOL

De la verdad de la leyenda
doy ahora fé.

Marineros burlones me dijeron:
—Si le hablas
será trocada en árbol.

¡Vedme bajo su sombra!

Nunca el corazón
dió frutos tan numerosos!



EL MAESTRO DE TARCA (IV)

*Dijo el maestro
de Tarca:*

*Coge la cigarra
del ala
Al menos
llevas en la mano
el canto.*



EL NIÑO

El niño
que yo fuí
no ha muerto
 queda
 en el pecho
toma el corazón
como suyo
y navega dentro
 lo oigo cruzar
 mis noches
 o sus viejos
 mares de llanto
 remolcándome
 al sueño.



DELGADINA

Las leves huellas
del Tisguís
meneaculito —lo pequeño
entre lo pequeño en ave—
frágil
pajarita playera
 comealgas
siempre en el límite
de la espuma,
las leves huellas,
tres
débiles
 trazos
 tal
las pisadas
de una delgadina
 niña
Socorrito —miniatura
de muchacha—
que a la sola
propuesta
 alzó
vuelo
 descalza
en la playa.



CALMURA

Rogando al viento
insultando al viento
hijueputeando al viento
o comprando al menesteroso
con la moneda rabiosamente
arrojada por la borda
— ¡Silba al haragán!
— ¡Grítale al viento!
— ¡arréalo!
y silba agudo el marino
y revientan los adjetivos contra el duro
SOL
que inmoviliza las aguas.

Pero
no responde la vela
flácida
como el ala de un ave muerta
Arsenio, granuloso
cliente del burdel de Lalita
desesperado de calor
se tira al Lago. Y vemos
la rápida
aleta del tiburón.

Al grito de espanto
como un eco
aflora del fondo
en silencio
la mancha roja.



LA ISLA VACIA

Los árboles
que detenían la luna
oponen
todavía
su sombra
y nacen los mismos cantos
del viento
entre las ramas.
Junto al camino breve
de tu casa a las aguas
ya no está tu ropa
tendida, pero siguen
las flores. Todo es igual.
Sin embargo
lamento haber fondeado
en la arenosa
bahía
de tu isla.

EL GRAN LAGARTO

Esta es la historia
del Gran Lagarto del Lago.
Le decían El Viejo.
Una lama verdosa lo vestía de siglos.

Por ese tiempo en las arenas
del Sontolar crecía un pueblo:
gente huertera inútil a las aguas,
ranas que no se apartaban de la orilla.
Enfrente —en la isla del Armado—
en la caverna
que todavía le dicen “la cueva del Lagarto”
hizo su nido El Viejo. Día a día
se cruzaba las aguas a devorar los cerdos
y ganados. Acabó con ellos
devoró a los perros
y una tarde —a la vista de todos—
se llevó un niño.

Una noche
que anclamos en “El Muerto” me contaron
que el pueblo del Sontolar desarmaba sus ranchos
buscando la montaña.

Junté a los moradores
los animé con palabras de hombre
y una flota de botes y arponeros
zarpamos al Armado. Las mujeres
rezaban medrosas de rodillas
y tocaban el cielo con sus gritos.



En la boca de la cueva
armé el lazo con el agua a la cintura. Los boteros
golpearon a los perros y a la ceba de su llanto
vimos al fondo removerse el fango
que manchó de sucia antigüedad las aguas.
Luego se alzó una ola, un borbollón
oscuro y vimos
la verdosa pupila, el impasible ojo
y llenos de terror huyeron, los cobardes!
Tiré del lazo
pero, solo, apenas pude esquivar al monstruo
que tumbó mi bote a coletazos.

Si no cayera el perro, si a los gritos
no siguiera a los que huían, a estas horas
no contaría el cuento. A duras penas
pude enderezar el bote
y escaparme.

En Zapatera
me esperaban con piedras.

Las sombras
me libraron. Y así acabó la historia.

Los cobardes
despoblaron el pueblo.



EL MAESTRO DE TARCA (V)

*Cuida tus pormenores.
La Pepesca
el más pequeño
pez
del lago
en ciertas aguas
enfurece
busca el culo del hombre
ágil se introduce
y sube
y sube
y devora
el corazón indefenso.*



LAS BODAS DE CIFAR

"... y el mar virginicida batían con sus remos".

Licofrón.

— ¡Deja de llorar! —gritaron las mujeres
y se oyeron sus risas

entre el reflejo

de las antorchas

y el golpe de los remos.

Llevaban a Ubaldina, con guitarras

con su velo de novia

y un ramo de azucenas.

Eladio, el carpintero de ribera

y Pascasio, el marinero manco

construyeron la barca.

Yo labré el mástil

y mi madre

cortó —sobre el arenal— la vela.

Zarpamos

cuando rompían los albores

pero Octubre

levantó los vientos.

Ráfagas, turbiones,

olas

rayos

el lago embravecido

y negro nos golpeaba a muerte

el barco y nos rompía

las velas y las drizas.



Al caer de la tarde
 el huracán bramaba.
—Mierda! —gritó Eladio— ¡nos hundimos!
 Pero el viejo Paz, sereno
con su brazo único al timón
 dijo a los hombres:
—“Está el Lago cebado
la lancha es virgen
y la mujer doncella”.
Abrieron entonces la escotilla y nos metieron
al oscuro vientre:
 olía
a brea el maderamen.
Tumbé a Ubaldina aterrada
y más que el amor
 las olas me ayudaron.
Después abrí la escota
saqué el brazo
y tiré el velo a las aguas.
 (Así engendré a Rugél,
 tan duro en los peligros
 pero débil con las hembras).



EL BARCO NEGRO

Cifar, entre su sueño oyó los gritos
y el ululante caracol en la neblina
del alba. Miró el barco

—inmóvil—

fijo entre las olas.

—Si oyes

en la oscura

mitad de la noche

—en aguas altas—

gritos que preguntan

por el puerto:

dobla el timón

y huye

Recortado en la espuma
el casco oscuro y carcomido,

(— ¡Marinero!, gritaban—)

las jarcias rotas

meciéndose y las velas

negras y podridas

(— ¡Marinero!—)

Puesto de pie, Cifar, abrazó el mástil

—Si la luna

ilumina sus rostros

cenizos y barbudos

Si te dicen



*—Marinero ¿dónde vamos?
Si te imploran:
— ¡Marinero, enséñanos
el puerto!
dobla el timón
y huye!*

Hace tiempo zarparon
Hace siglos navegan en el sueño

*Son tus propias preguntas
perdidas en el tiempo.*



CONSUELO PARA LA MADRE DEL PESCADOR

No des gusto
a las rugientes
olas llorando
su estrago:
devoraron a tu hijo
a traición —como el taimado
jaguar que nunca
se amansa a la caricia.
Ahora has conocido
al Alevoso.
¡Guárdate
de regocijarlo! Sus aguas
se alimentan
de lágrimas



MI MUJER ES AQUELLA

La del pañuelo.
La que a veces mira
hacia mi lancha
y conversa
con las mujeres
como que no me ha visto.
Mi mujer es aquella.
La que ahora se ríe
ahora que el ancla cae
llenando de ecos la ensenada.



SABADO

a Fernando Silva

Al romper los vientos
del alba llegan
los chillidos del cerdo
de la isla de Lalo
 Hoy destaza Maclovia
 Hoy vende
 chicharrones
 y frito
Sube
en el aire
el humo
azul
de la cocina
 Cifar manda a Emilio
a comprar cususa donde Eladio
De piedra
 en
 piedra
 baja
 luego
 al puerto
con los ojos brillantes
 Corta limones
 y canta.



LA ISLA DEL ENCANTO

- 1 -

Carmen era una mujer de cabellos rubios
entre mujeres de cabello negro.

A Carmen
las mujeres la señalan
y murmuran

*(tiene un gallinero
y en el gallinero un gallo
que sólo canta
cuando la ve desnuda).*

La isla de Carmen
era la isla de las canciones.
A la isla de Carmen
van y vienen los botes y las barcas.

- 2 -

En El Anono, la Isla de los Cruces,
un marinero como Eladio
inapetente y pálido
bosteza en el tapesco.

En la Isla de Plátanos
Felipe está encendido
en fiebre: por las noches
se remueve y grita
con negras pesadillas.



En la Isla del Menco
nació movido
el hijo de Rosario.
 En Tinaja, Lago abierto,
 cayó en melancolía
 Magdaleno. Apaleó
 a la mujer y a los hijos
 No navega ni come.

- 3 -

Las mujeres de las islas
cruzan de noche las aguas.
De lejos, sus hombres —los jugados
de ceguá— ven arder la Isla del Encanto
por sus cuatro costados.



EL MAESTRO DE TARCA (VI)

*Aconsejando
a los pobladores de las aguas
el maestro de Tarca
nos decía:*

*—En el verano la tierra es seca
y el agua está en su reino:
toda aventura te permite
el espejeante lago
todo alimento te ofrece
benévolo
(aunque teme
siempre
su inmotivada furia).*

*En verano
busca en la noche los esteros
para coger gaspares.
Arma luego tu enramada
y enciende tu fogata:
ahumado el gaspar
es un don del cielo.*

*En verano
es excelente la sopa de cangrejos
Lampareando en las arenas
o sumergiéndote en las rocas
y corrales
sabe atraparlos y enristrarlos:*



*nada fortalece tanto
al marino como la humeante
sopa tomada bajo los tamarindos
mientras se cuentan historias.*

*En verano
busca en las playas
la lenta ñoca
y sus huevos. Si bebes,
acompaña tu trago
con el caliente y enchilado
huevo de tortuga.*

*En verano
pesca con tus amigos la sardina.
Cómela en tortas: exquisito
plato de los hombres de Lago.*

*En verano, busca en las islas
solitarias
a la esquiva iguana —antes que llene
su cuerpo de aire y se tire
del árbol a las aguas: aciértale
una piedra o ponle el pie
en su carrera: dile a tu mujer
que te la dé de comer en garapacho.
En verano
tu atarraya y tu anzuelo:
llenarás el bote de mojarras
guapotes y guabinas: En verano
el agua está en su reino.*



DESPEDIDA

Que las aguas te devuelvan
a la orilla
y llegues vomitando algas
y castañeteando los dientes
por el frío
que te encuentre
con la cara en la arena
tendido como un perro azotado por las olas
gritaba el corazón de la muchacha
mientras sus labios besaban al marinero.



EL MIEDO

No cuando el Lago
irritado
y pardo
puma
ruge
y su pesada zarpa
hace crujir
tu lancha

Cuando
terso
susurra brisas
y golondrinas
pían
y se posan
en los obenques

Entonces
el sutil temor
de perder la partida.

A EUFEMIA

“... Cruel
...ningún hombre
nunca ...
...te juro ...”
fragmentos
del papel, Eufemia.
El agua del naufragio
que ha borrado tus letras
no borró tus engaños.

Terco

contra los hechos
volvía a buscarte. Mira,
cuando me hundía
ví de nuevo en tu isla
la vela de Anselmo.

Tienes

el viento a favor. Pero
he de volver, Eufemia
he de volver
y te haré borrar con tus lágrimas
lo que no borraron las aguas.



VIENTO EN LOS ARENALES

La marazón
 arroja
 sardinas
a la costa.
Hiede la playa
 y vienen
gentes de adentro
con lámparas
 y hambre
y suena
como un gemido
 el viento.



LA MUERTE DE ANSELMO

Arrojado por el viento
dió en las piedras
del Dientón oculto
y defondó la barca

Su grito
perforó la noche

—¿Escuchas, Cifar, escuchas?
¿No es Anselmo?

(“Cuando te vas
—me lo dijeron—
Anselmo ancla en tu puerto
Duerme en tu lecho”)

. . . pasé de lejos . . . !



MARCELA, MUCHACHA PALADINA

Marcela, muchacha paladina
casó con Serapio el raicillero.
Con el casorio dejó Serapio la raicilla
y alzó rancho en la bocana
del Manares, en una isla tan pequeña
como un seno. No creas en pipilachas
de oro decíame mi madre, mas Serapio
levantó una piedra y encontró docenas
de pipilachas de oro. Fue con ellas
a Granada y consiguió una fortuna.
Ahora cantan la historia de Marcela
en un corrido:

“Espera que te espera
solitaria en su isla
pendiente de una vela . . .”
y al cumplir la quincena
hambrienta se echó a nado en la bocana.

*Si han de seguir buscándome, Serapio
si han de seguir buscándome
yo soy la que canto. Devoraron
mis ojos las sardinas.*

Son leyendas
isleñas, son consejas
de mujeres cuando ven a los hombres
partir con dinero hacia los puertos.



LA CARTA

Me escribe Eufemia
que vuelva.
Yo le contesto: En tierra
repitiendo pisadas
abre caminos
el hombre.
Las aguas no tienen sendas.
El Lago
no guarda huellas.



CANTO QUE HIZO CIFAR
EN LA VELA DEL ANGELITO

Cuando se hundió
“La Esperanza”
todos perecieron.

Los que fuimos
al rescate
solo vimos
—flotando—
el ataúd de un niño.



PAPEL A CRISTOBAL

Cristóbal:

tu ahijado
está de nuevo entre rejas
sin dinero. ¿La culpa?
Ya lo sabes! Eufemia!
Quise decir adiós
al pasado
pero volví los ojos
y ví a los pájaros
revoloteando sobre la estela.



EL REBELDE

Todavía la aurora
no despierta el corazón
de los pájaros y ya Cifar
tira la red en el agua
oscura. Sabe que es la hora
de la sirena y no teme
el silencio.

Cifar espera
la señal en las lejanas
serranías. Antes del alba
encenderán sus fogatas
los rebeldes.

Les lleva peces
y armas.



TOMASITO, EL CUQUE

- ¿En qué lancha las llevaron?
¡Contesta, Tomás, contesta!
—¿Desde cuál isla zarparon?
¡Jodido, Tomás, contesta!
—¿A quiénes las entregaron?
¡Hijo de puta, Tomás!
—¿Quiénes llevaron las armas?
¡Cabrón, contesta, Tomás!

Pero no habla Tomás.
¡Qué huevos de hombre. No habla!

Ya nunca hablará
Tomás!



ANADES

Cuando al grito del hombre
se levantan
los cormoranes
y los piches
cagan su miedo
en las aguas
luego suben
vuelan
en
V
como una larga
flecha
arrojada al horizonte
recuperan
en la altura
el orden
la libertad
y el canto



EL MAESTRO DE TARCA (VII)

*Con el oído atento
al fragor de las olas
y los vientos
el Maestro de Tarca
nos decía:*

*En el rencor del Lago
me parece oír
la voz de un pueblo.*



CANCION DE LA NACIENTE LUNA

Una mujer desnuda
ahogándose —grita—
en las aguas

Al recogerla
en la lancha
sus pezones tiemblan.

No se me borre nunca
esta hora, cuando
la naciente luna
iluminó a Mirna
en mi barca!



LA LANCHA DE “EL PIRATA”

En lo más oscuro
de la noche
haciendo ruta
de San Carlos
a Granada
escuchamos cantos
gritos
y guitarras.

Al acercarnos
conocieron la vela
— ¡Cifar! ¡Tirá la espía!
Tenemos guaro y mujeres!
... Bailaban
—y sonaban
a golpe de talón
como un tambor
la inmóvil lancha—
pero otros en la borda
desesperados imploraban:
— ¡Cifar! ¡llevanos a Granada!
¡te pagamos, Cifar!
¡tu boca es la medida!

Eran vivanderas,
angustiados pasajeros
comerciantes de los puertos
anclados en la noche
y obligados
a la juerga y al desvelo,



Compasivo Cifar, tiró la espía
y abordó la lancha de Corea
— ¡Cristóbal! ¡loco
irresponsable!

gritó entre risas
mientras ayudaba
a saltar al barco
a los tristes viajeros.

Las guitarras
arreciaron la lluvia de sus sonos.
— ¡Cifar! gritaban
— ¡Cifar! dónde está el hombre?!
y manos obsequiosas
le rodeaban de botellas.
— ¡Sólo un trago
y nos vamos! dijo con honda
convicción Cifar.

Pero oyó entonces
una voz que lo llamaba
y vio la loca cabellera
suelta
de Mirna
bailando
entre el enjambre de estrellas.

. . . Menos mal que el Lago
estaba quieto.
Menos mal que las estrellas
son
len-
tas
para contar el tiempo . .



EL MAESTRO DE TARCA (VIII)

*Sentado en la piedra del Aguila
el maestro de Tarca nos decía:*

*Es conveniente
es recto
que el marinero
olvide a las aguas
su aventura.*

*Estela hecha
tiempo vivido
Estela deshecha
tiempo borrado.*



BELARMINO

El hombre del bote,
el que bajó al puerto
y se fue
a comprar
plátanos
cuando regresó
habían pasado 100 años.
Es un cuento
de la Isla que Belarmino
no es de ahora.
Se me hace
duro creerlo
pero en sus ojos
en su silencio
en ese color
de sus ropas
se posa el tiempo.
Vive arriba
solitario
con un perro
y una vez
que Juan le dijo
de la leyenda
me pareció
escucharle
algo
sobre la pobreza.



LA VIEJA SIRENA

Friolenta
cubriéndose del viento
en la negra piedra
del escollo
la vieja sirena
para el oído
al golpe de las olas
en mi barca
Arregla
entonces
rápida
sus trenzas entrecanas
saca
del agua
sus pechos lacios
y olisca
a pez canta
con voz cascada
El aire
del sur levanta
fría espuma
y tose
pero desgañita
con su anticuada
aría griega
esperando el sortilegio
— ¡Suegraaá!
le grito
riendo desde la proa
y ella, ofendida



mira con ojos
cegados – ¡Pudiera . . . !
exclama altiva
irguiendo el lucio
cuerpo
Pero
resbala
y cae
al agua
y se hunde
y solo queda
espuma
y nada.



LA ISLA DE LOS “GAVILANES”

Los “Gavilanes”
abandonaron esta isla.
(Juan era timonel del “barco”).
Alfonso el más diestro
pescador de sábalo. Felipe
el dueño de “la Sirena”
la más rápida velera
de estas aguas.
Hoy Juan maneja un taxi
en Managua y cobra
un peso por carrera
Alfonso es dipsómano perdido
Felipe es el dueño
del burdel “La Sirena”)



NOSTALGIA DE CIFAR

“A veces la lancha
huele a muelle”
dijo Cifar, añorando
a Fidelia, deseando
volver al hogar y ver
al hijo que ya remaba en las islas.
Regresaban los cormoranes
volvían las garzas
chillando en busca de sus nidos.



MIRNA

Llamando perras
a las violentas olas
insultando al negro
viento del poniente
rompió dos veces la vela
y atravesó el temible
playón de Enero
porque Mirna, la prostituta
le esperaba en el puerto.



LA DESGRACIA

En Alta Gracia
me enredé en un pleito
de cantina. *El Arpero*
está preso.
Me comprometieron
las mujeres
y herí a un hombre.
— *¡Traigan a ese jodido!*
Me llevaron
El herido
era el hijo del Alcalde
Es en la celda, amigos,
donde nacen los tangos!
Ahora mis queridos
compañeros se avergüenzan.
Eufemia
no quiere ni saber cómo me llamo
Fidelia está muy lejos
y mi madre muerta.
Sólo Mirna
se escapa del burdel
y me trae comida.



EL MAESTRO DE TARCA (IX)

*El maestro de Tarca
me decía:*

*La Alegradora
con su cuerpo da placer,
no con su recuerdo.
Con la mano hace señas
con los ojos llama,
no con su recuerdo.*

*La Alegradora
es el puerto
la tierra
que sólo es del pobre
en la noche.*



LA VENDETTA

Quemaba el sol cuando oyeron resbalar
las quillas de los botes en la arena.
La abuela desde el rancho vio a los hombres
— ¿Qué quieren ellos, Vicenta?
María! ¿Qué quieren los tereseños?
Saltaron a tierra los Conrado
con machetes y hachas
a destrozar la isla. Polidecto
el padre, viejo ya pero fuerte,
sin respetar sus canas, fue el primero.
Le seguían sus hijos y sus yernos
defendiéndose a pedradas de los perros,
talando los frutales
incendiando los ranchos y los siembros.

En el Dientón atarrayaban los Robleros
cuando oyeron en el silencio de las aguas
— que todo ruido acercan—
los gritos y ladridos.

Luego vieron
la copa del Malinche desgajarse
y caer sobre los ranchos.
Entonces comprendieron.
Aullando de rabia
doblando casi los remos,
impulsaron los botes. Fuerte es el odio
como el viento. Emiliano,
el más joven (se le salía
el corazón del pecho)
sonó contra la borda el fierro:

— ¡Sobre ellos! Absalón, sobre ellos!
 Ya los Conrado remaban a la huida
 y en la popa, de pie, gritándole improprios
 el canoso viejo alzaba el arma:
 —Absalón: la zonta de tu madre
 que aliste tu mortaja!
 ¡la sangre de Griselda
 que a la fuerza violaste
 te va a morder las venas!
 — ¿Sangre? ¿De dónde sangre
 la puta de tu hija?,
 gritó Absalón y los remeros
 gimiendo de coraje
 echaron la canoa
 sobre el bote de Conrado.
 Crujieron las maderas
 y el machete del viejo
 relampagueó en el aire
 como el salto
 de un sábalo
 cercenando el cuello de Emiliano.
 Gritó el hermano al ver la sangre
 salir en borbotones
 y con ciega cólera el arpón
 hundió en el pecho del anciano.

De la isla vecina los Potosme
 —la mujer de Absalón era Potosme—
 llegaban de refuerzo.

 José Maltés
 el fogonero del vapor, Felipe
 el hombre de la Justa,
 Medardo, el tejedor de redes



y Balbino —todos Conrado—
unos heridos y otros
a filo de machete perecieron.
Murió también el mayor de los Roblero
y Raúl, el marinero de “La Aurora”
y Diego, mi compadre,
que resbaló en la sangre
y caído lo acabaron.

En las islas vecinas
el vocerío se alzaba hasta las nubes
hasta que al fin, ya tarde, como siempre
se apareció el Resguardo
disparando balazos.

Los que pudieron
se tiraron al agua, los restantes
cayeron prisioneros
mientras filas de mujeres
cargaban con los muertos.

Esto contó Cifar en el Juzgado
alegando inocencia. Juró que quiso
detener a gritos la pendencia
pero no hay voz —Señor Juez— que llegue al hombre
cuando habla la sangre!



LA RUFIANA

Hoy enterraron
desnuda a la Cadejo
en el barranco
 La sacaron del burdel
 ya seca
 en su petate
Las putas le abrieron el ropero
 le robaron los zapatos
 las sábanas
 las naguas
 los polvos
 la peineta

(Los presos que la cargaron
iban pidiendo tragos).

 Escondidas
salieron las herederas
por el patio:
la Tamborilera
y la Burbujita
 La Despierta-dormida
 y la Basinica
 la Bote-con-hoyo
 y la Mal-zurcida
 la Salamanquesa
 y la pobre Mirna!



LA ISLA DE LA MENDIGA

Nechoca-tename —la isla de los gritos— llamaron
los indios a la pequeña isla de La Zanata
donde moraba, hace años, una mendiga solitaria.
Semejaba una vieja de una edad remota
aunque todos ignorábamos su origen.
Sólo una vez supimos que las hijas de Celso
bajaron a la isla y acercándose a ella le preguntaron:
— ¿Quién y de dónde eres, abuela? ¿Por qué todos los tuyos te aban-
[donaron?
¿Por qué permaneces lejos de los hombres
y no cruzas las aguas ni te acercas a nuestras islas?
Y las hijas de Celso regresaron contando
que volvió su rostro a ellas
y era una bella mujer de tersa faz y larga cabellera
una hermosa muchacha de ojos dorados nublados por el llanto.
Ninguno creyó la historia de las hijas de Celso.
Nadie se hizo eco de sus palabras
porque los que navegábamos en el comercio de las islas
muchas veces escuchamos los gritos de la mendiga
o vimos a la vieja agitar sus harapos
para pedir, a los que se acercaban, una limosna.
En las noches impenetrables veíamos la fogata sobre el acantilado
iluminando su figura desgredada y trémula
y los timoneles sabían que la mendiga aullaba de hambre
y apretaban su corazón de pavor desviándose de la ruta
mientras otros, más osados, se acercaban temerosos
y arrojaban con lástima alimentos a la playa.
Una noche de borrasca en que la fogata ardía



Cristóbal rompió su lancha contra las piedras de la isla
y salió a tierra desnudo y malherido.
No volvimos nunca a saber de Cristóbal
No volvió la mendiga a agitar sus harapos.
Sólo una vez supimos que las hijas de Celso
bajaron a la isla y acercándose a ella le preguntaron:
— ¿Muchacha, que ha sido de Cristóbal?
¿Es que acaso no sabes que Cristóbal es nuestro hermano?
Y las hijas de Celso regresaron contando
que volvió su rostro a ellas
y era una anciana de faz hundida y desdentada
con los ojos secos y fijos y sin tiempo.



EL MAESTRO DE TARCA (X)

*En el cielo estudia
las sazones del tiempo
dijo el Maestro
de Tarca:*

*Estrellas altas
velas bajas.
Estrellas tristes
por la lluvia gimen.
Estrellas corridas
al viento convidan.*

*Si la luna menstrua
roja en el lago,
señal de mal tiempo.
Si en la noche arreboles
en la mañana soles.*



IN MEMORIA

Juan de Dios
Mora
(de los Mora
de Zapatera).
Oviedo habla
del primer Mora
(criaba cerdos
con las sardinas
del Lago), Bovallius
habla de los Mora
y Squier. Siglos
de habitar la isla
pero
nunca dueños.
Posando
pescando
fabricando
redes
y lanchas,
saliendo siempre
de la tierra
al agua
de la pobreza
a la aventura,
de la guitarra
a la barca.



Hoy vuelve
el navegante.
Sus huesos
en una caja
de madera.
¡Su único
naufragio
en tierra!

LA PROCESION

Doce doncellas
de blanco
en el bote enramado
—cantan y reman—
Le sigue
el bote de cedro
de Venancio Arana
con arcos de flores
y doseles
de palmas
doce muchachos
remeros
y el Sacramento
y luego
los botes isleños
y las gentes
cantando
“Allá van las tres Marías
orilladas a la mar . . .”
Es el jueves
de Corpus
y Ubaldina
mi hija
va de blanco
cantando.

¡Me río de Cifar
que está llorando!



PIOLIN

A Pitín

Una isla
picoteada
por las gallinas
—un pedazo
de estrella— fue
el país
de Piolín
 el niño
 de los gallos.

A la vela
llega Magdaleno
 vela
de cuerpo ausente
—el remo del niño
y cuatro candelas—
“Piolín:
 Salvaste
a la niña Rina
salvaste a Teo
 mi hijo!”

Tocan violines
 Lloran
 alto
las abuelas
y los pescadores
con lámparas
buscan el cuerpecito



Entonces
canta el gallo
de Piolín:
— ¿Dónde estará?—
 (La noche llena de gallos)
— ¿Dón-de-es-taraaá?
 De isla
 en isla
los gallos preguntan
por el niño
y con preguntas
van haciendo
el alba



LO QUE ESCRIBIO CIFAR SOBRE SU HIJA UBALDINA

A Milagros

Me diste ¡oh Dios! una hija con el cielo
de mi patria en sus ojos;
no el azul de la indolente calmura
sino el oscuro
fragor
de la tormenta.

Me diste, ¡oh Dios! una hija con el espíritu
de la barca
en que crucé las aguas
enfurecidas del tiempo.
No permitas, Señor! que el viento
la arroje como a mí
a lo insaciable.
Dale una bahía mansa
donde se refleje su barca
como empollando
otra barca, una enseada
donde el sol
seque sus redes.



EL MAESTRO DE TARCA (XI)

*El Maestro de Tarca
aconsejó al marinero:
Si tu pensamiento
alcanza menos
que tu corazón,
piensa dos veces:
La nave tiene
la vela a pájaros
y la quilla a peces.*



LOS AÑOS

Ahora, en el amanecer
—con esta luz tan diáfana—
¡cuánto hubiera dado
por no encontrarte!
Pensar, Rosaura
que una vez creí que la belleza
gracias a tí era eterna!



EL CABALLO AHOGADO

Después de la borrasca
en el oscuro silencio
miraron sobre las aguas
flotando
el caballo muerto.

—Es la crecida, dijeron
los pescadores
y detuvieron
la barca.

Las olas
movían sus largas crines.
El ojo, abierto,
fijo su asombro
en el cielo.

Tendido, la muerte
lo hacía inmenso.

Sintieron
como un extraño
presagio
y vieron
una corona
de gaviotas blancas
en el viento.



NOCTURNO

La negra cintura
de la noche
hiede
a leona húmeda
y ruge
su mortal misterio.

Temo.

Grito. ¡Madre!

Y ella
levanta el lucero
en el oscuro
amanecer.

¡No temas!
murmura: El dolor
es el borde del cielo.

LAS ISLAS

a Ernesto Cardenal

Llamo a mis amigos.
“Hagamos algo”, les digo.
Pero todos se van,
 todos dispersos
 buscan lo suyo.
En Cárdenas
 en Orosí
 en San Miguel
no ha despuntado el alba
y ya prenden sus motores
o izan velas.
 “¿Qué busca
 de puerto en puerto
 mi pueblo?”
 ¿Hacia dónde
 enfila su proa
 el corazón de los pobres?

He navegado con ellos.
Vienen
soportando el tiempo
cargados de hijos
 y de animales
con guitarras y lámparas
cruzando
la densa marejada
hacia las islas.
 (De este país
 no quedan sino islas)



Oigo

sus cantos.

Pascasio

no habla de la muerte
la compañera de las aguas.
Eladio se ilusiona
con la pesca. Anselmo
hace cuentas con los dedos
y el Maestro de Tarca,
haciendo historia, nos dice:
—En Solentiname,
archipiélago de las codornices
pereció Tamagastad
contra los escollos de la Venadita.
Allí lloró la tribu a su héroe.
Allí todavía lloran los que pasan
esperando una antigua promesa.
Allí dice la leyenda
que ha de volver a su pueblo
con una palabra nueva.

Se oyen lejanos
los gallos.

El viento
sopla en la brasa del lucero.
Parece
que ya amanece.



EL CEMENTERIO DE LOS PAJAROS

Arribé al islote
enfermo
fatigado el remo
buscando
el descanso de un árbol

No vi tierra
sino huesos.

De orilla a orilla
huesos
y esqueletos de aves,
plumas calcinadas,
hedor
de muerte,
moribundos
pájaros marinos,
graznidos
de agonía,
trinos tristes
y alguna
trémula
osamenta
aún erguida
con el pico
abierto al viento.

Con débil brazo
moví los remos
y dí la espalda
al cementerio
del canto.



NAUFRAGO

Náufrago
 flotaba
—como la esperanza—
entre lo desconocido
y lo infinito.
Buscaba ansioso
la ténue línea
donde el vientre oscuro
se abre a los albores
—No el cielo ni el abismo—
Buscaba
 la lejana orilla
 que las olas esconden
Ver
 la tierra ¡ay!, la seca
la traidora
de donde partí jurando
que no volvería.
Ver
otra vez su cuerpo
de valles y colinas.



PESCADOR

Un remo flotante
sobre las aguas
fué tu solo epitafio.



MUJER RECLINADA EN LA PLAYA

*No ajena a la melancolía
Casandra me profetiza la gloria
y el dolor, mientras la luna
emana su orfandad.*

*Todo parece griego. El viejo Lago
y sus hexámetros. Las inéditas
islas y tu hermosa cabeza
—de mármol—
mutilada por la noche.*

**Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres Gráficos de
TREJOS HNOS. SUCS., S. A.
San José, Costa Rica**



Pablo Antonio Cuadra en uno de sus múltiples viajes por el Gran Lago

*“Pablo Antonio: una tierra que ha llegado a pensar,
a pensar por sí, para decir todo lo que lleva dentro
(. . .) para decir siempre (. . .) cómo nació esa tierra honda
que es él, de la que él nació y que de él ha nacido.”* Angel Martínez



Pablo Antonio Cuadra en el Lago de Nicaragua, frente a San Carlos

Libro Libre publica en esta colección el corpus completo de la obra poética del nicaragüense Pablo Antonio Cuadra, porque es fundamento y cúspide de la cultura centro-americana contemporánea. La edición ha sido revisada y autorizada por el autor.

Continúa la publicación cronológica completa de Pablo Antonio Cuadra con el libro *Cantos de Cifar y del Mar Dulce*. José María Valverde considera este poemario como una reconquista de la narrativa para el poema: “El autor no se presenta a sí mismo, sino que ofrece un mundillo real, un material humano que, aun sin argumento propiamente dicho, habría podido ser novela”